



Porta Gente

A cargo de Adam Dehoy



Virgilio Piñera visita de nuevo Miami

Por Luis González-Cruz

Han sido muchas las puestas en escena en Miami de obras dramáticas de Virgilio Piñera (Cuba, 1912-1979), el padre del teatro del absurdo en América Latina. La reciente presentación llevada a cabo por Teatro Prometeo, del Miami Dade College, Wolfson Campus, a cargo de Lilliam Vega, marca una tónica novedosa, ya que el montaje titulado *Yo me llamo Virgilio Piñera* estaba basado libremente en los relatos del autor cubano y no en ninguno de sus dramas.

Se han escogido trece cuentos cuyos textos, en muchos casos, Vega ha ajustado según sus personales necesidades, preferencias y criterio, para darlos al espectador en forma de breves cuadros: en ocasiones, monólogos que permiten a los actores lucir sus facultades histriónicas. Si tenemos en cuenta que los intérpretes son alumnos del segundo año del Programa de Entrenamiento Profesional en Artes Escénicas del centro docente, habría que afirmar, en un juicio de carácter *relativo*, que todos hacen un trabajo esmeradísimo y digno de una merecida futura graduación honorable. Pero, de modo *absoluto*, tendríamos que afirmar también que varios de ellos realizaron una labor sobresaliente, a la altura de los más rigurosos teatros profesionales, digna del aplauso sostenido de cualquier exigente audiencia.

Rocío Carmona, en "Belisario"; Elisabeth Ferri, en "Oficio de tinieblas"; María Eugenia Rodríguez, en "La transformación"; Lucas Ackerman, en "Una desnudez salvadora"; quedarán, en particular, en la memoria del público asistente por sus interpretaciones, puesto que, a fin de cuentas, la esencia del *teatro* es la *actuación* (así como la del *cine*, querámoslo o no, es el *movimiento*).

Si a esto añadimos que la creación de Lilliam Vega no se conforma con lo simplemente imaginativo, sino que busca una forma propia de expresión poética y plástica que se vale de cuanto recurso artístico pueda estar a su alcance, tendremos una idea



más precisa del resultado final del espectáculo. Vega nos mantiene siempre a la expectativa: no decae un instante el interés por parte del público. Hay cuadros que sorprenden por su belleza; tales son, entre otros, el de las damas de blanco, reprimidas por unos hombres vestidos de negro, con sus rostros cubiertos con paños del mismo color; o el del hombre ensangrentado y semidesnudo, quien juega con el manto que lo cubre, realizando múltiples diestros movimientos que demuestran su control corporal y enriquecen el sentido de su texto; cuerpo que, según propone la escena, sin embargo, sucumbe, desprovisto de arma con la cual poderse defender o matar.

La visión absurda (caótica, ácida o irreverente) que predomina en la narrativa de Piñera, va casi siempre subrayada por lo macabro y el humor negro que, a la postre, dejan al lector con una sonrisa irónica y amarga en el rostro (tal vez *mueca*, palabra querida de Piñera). De algún modo el horror y la comicidad se dan la mano. Esto lo ha entendido muy bien Vega para conformar su adaptación: la representación se

inicia como un gran *divertimento* (o carnaval) con todos los actores vestidos de *clowns*, con las típicas narigotas rojas adosadas a las suyas propias. Otras veces hacen uso de marionetas. Habría que elogiar a quien diseñó los vestuarios tan originales y su mezcla efectiva de colores, así como al coreógrafo que *movió* al grupo en las escenas de conjunto, pero el programa atribuye dichas tareas a la creación colectiva

(aunque damos por hecho que la mano omnipresente de la directora no descuidó el manejo de ninguna de las cuerdas que animaron el *tinglado*).

Desgraciadamente, la obra sólo se presentó los días 4, 5 y 6 de diciembre de 2008. Ojalá se reponga en un futuro próximo y los lectores de *Enfoque 3* que no la vieron tengan la oportunidad de disfrutarla.